

por el bien general de la cristiandad; no pensaban más que en su interés, interés de pequeños príncipes italianos que trataban de engrandecer sus Estados y sus familias. A principios del siglo XVI eran hostiles á la Francia; pero para arrojar á los franceses se vieron obligados á favorecer á los españoles, cuya ambición era bastante más persistente, más tenaz, como decía con razón Pablo IV. La dominación española no tardó en pesar á la Santa Sede; los papas empezaron á echar de ménos el régimen francés, y el más audaz se atrevió á declarar la guerra al señor de ambos mundos. ¿A qué hubiese conducido aquella revolución política si hubiera triunfado? A reemplazar el yugo de España por el de Francia. ¡Siempre el extranjero! Así se cumple la grave acusación de Maquiavelo contra el pontificado; es un obstáculo eterno para la unidad italiana. Diríase que pesa una maldición sobre los sucesores de San Pedro; los esfuerzos que hacen por arrojar á los Bárbaros de Italia, no sirven más que para consolidar la dominación extranjera. Y es que Dios no bendice más que las buenas intenciones; y el objeto de los papas no era la independencia de Italia, sino su propia grandeza.

#### § IV.—Los Turcos.

##### N.º 1.—*Monarquía universal de los Turcos.*

Los Turcos desempeñan un gran papel en la lucha de Carlos V y de Francisco I. El rey de Francia los llamó en su ayuda contra su poderoso rival; por la primera vez la media luna se unió al estandarte de Cristo, y esto para conservar la independencia de la cristiandad amenazada por aquel que se llama su jefe temporal. Sin embargo, ¡cosa notable! los Turcos, que salvaron la Europa del peligro de una monarquía universal, pretendían á su vez la monarquía; y á juzgar por el temor que inspiraban, su yugo era bastante más temible que la dominación española.

Nos cuesta hoy trabajo el creer en la realidad de este peligro. Cuando se ve la irremediable decadencia de la raza musulmana, se duda que jamás haya comprometido en serio la libertad de la

Europa. Pero guardémonos de aplicar al pasado el desden que nos inspira el presente; los pueblos, lo mismo que los individuos, tienen su época de grandeza y de decadencia. El anciano, cuyas fuerzas están agotadas, se lamentaría con razón si de su decrepitud actual se dedujera que siempre ha andado con muletas; del mismo modo las naciones tienen el derecho de exigir á la Historia que aprecie su vida pasada sin dejarse llevar por las preocupaciones del presente. Evoquemos los recuerdos del siglo XVI. Un inmenso y universal grito de terror resonaba en todas las partes del mundo cristiano; cada día se creía en vísperas de una invasión turca, como en el siglo X se creía en vísperas del juicio final.

Los papas tenían por misión el ser los centinelas de la cristiandad en la lucha secular que separaba á los infieles. En 1517 Leon X dirigió una Memoria á los príncipes cristianos sobre la guerra que debía hacerse á los Turcos: «no se trata ya, dice, de deliberar si es necesaria. Soliman nos amenaza, nuestra existencia misma peligra» (1). Los reformadores desconfiaban de Roma, como los Troyanos desconfiaban de los Griegos; temían que hubiese una segunda intención de explotación en los incesantes llamamientos que los papas hacían á la cristiandad. No temían ménos la invasión de los Turcos; la creían hasta inevitable, como anunciada por los profetas: ¿no predice Daniel que mucho tiempo después de los Romanos se elevará una nación que tratará de destruir la religión cristiana? Esta profecía no puede referirse más que á los Turcos, dice Melancton, y prueba que no es pequeña la desgracia que está próxima á estallar sobre nuestras cabezas (2). Los hombres políticos no estaban ménos asustados que los celosos cristianos. Carlos V, viendo á los Turcos ganar incesantemente y avanzar siempre, lanzó un grito de angustia, pero digno de un emperador: «Yo creo, dice al papa, que Dios quiere que seamos Turcos; cúmplase la voluntad de Dios, pero yo seré el último en someterme á ellos» (3). Los venecianos eran los más expuestos; podían decir sin exageración ninguna, que su existencia peligraba; pero temían la misma

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 31.

(2) Carta de Melancton al arzobispo de Maguncia. (BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. I, p. 875.)

(3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, I, 358).

suerte para todas las naciones cristianas, y conociendo el furor destructor de los nuevos Bárbaros, esperaban, no una conquista, sino una guerra de exterminio (1). Este era efectivamente el temor general, y no estaba desprovisto de fundamento. Un contemporáneo, espíritu previsor, escribe: «Cuando yo comparo el poder de los Turcos al de nuestros príncipes, casi desespero de nuestro porvenir» (2).

¿Qué es lo que constituía la fuerza de los Turcos frente de la Europa, á quien no faltaba ciertamente espíritu guerrero? La cristiandad se hallaba dividida, pronta á desgarrarse en odiosas guerras de religion, y las envidias políticas eran igualmente vivas; hé aquí por qué no llegó jamás á unirse contra el enemigo comun. Las ligas se disolvían con más prontitud que se formaban; las disensiones de los aliados hacían inútiles hasta sus victorias. Despues de la gloriosa batalla de Lepanto, un noble veneciano escribió: «Es imposible á los príncipes cristianos, en razon de su desunion, destruir el poder de los Turcos; no queda más recurso que la proteccion divina para rescatar la cristiandad oprimida y humillar el orgullo de los infieles» (3). Al paso que la religion era una causa de debilidad para la Europa, era un elemento de fuerza para los Turcos. El islamismo hace un deber para sus sectarios la guerra contra los infieles, guerra incesante, hasta que el mundo entero esté sometido á los vicarios de Mahoma. Bajo la inspiracion de este fanatismo conquistador, los árabes habian llevado sus armas victoriosas á las tres partes del mundo. El genio guerrero de los Turcos vino á dar un nuevo impulso á esta ambicion invasora. Mahoma, el vencedor de Constantinopla, hizo voto, segun se dice, «de no descansar hasta que el casco de su caballo hubiese hollado los dioses de oro, de bronce y de madera que los cristianos adoraban» (4). Esto era proclamar la guerra santa, guerra sin descanso, que no podia tener otro fin que la destruccion de las naciones cristianas. Un embajador venecia-

(1) MARCO MINIO, *Relazione* (1522): «Tutta la cristianità doveria temer di non incorrer in qualche grande estermio.»

(2) LANGUET, *Epist. secr.*, I, 15.

(3) *Relazione di* CONSTANTINO GARZONI, en ALBERI, III, I, 435.

(4) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 463, nota 3.

no dice que los Turcos tenían por religion y por ley subyugar la cristiandad, que su ambicion era dominar sobre todos los pueblos (1).

La constitucion política y militar del Imperio estaba en armonía con la inspiracion religiosa de los Turcos; era la unidad más formidable que el mundo ha conocido jamás. En la Europa cristiana el despotismo dice en vano: «El Estado soy yo»; hay un poder de individualidad, lo mismo en los sentimientos y en las ideas que en la religion, que hace imposible la concentracion de todas las fuerzas de una nacion en manos de un solo hombre. Esta utopia se ha realizado en Constantinopla. El sultan es el alma, el Imperio es el cuerpo. El sultan es un sér libre con personalidad y derechos; sus súbditos son esclavos: todo cuanto tienen, bienes é hijos, es de su señor, que usa de ello á su capricho. Reflexiónese un instante en el poder inmenso que semejante organizacion da al jefe de un vasto Imperio; la religion le manda una guerra á muerte contra la cristiandad; la raza no respira más que la guerra, y de todo cuanto tiene, voluntad, riquezas, dispone un solo hombre. Los enviados venecianos, que veían funcionar aquella admirable máquina, estaban unánimes en decir que no hay ningun poder humano en estado de resistir á los Turcos: «El sultan, dice *Marcantonio Barbaro*, es para los Turcos lo que el sol para los demas seres creados, el principio de vida, principio único al cual se refiere todo.» «Esta unidad de intenciones y de voluntades, añade *Lorenzo Bernardo*, imprime á sus ejércitos una fuerza irresistible» (2).

Se concibe ahora que los sultanes se hayan creído predestinados á la monarquía universal. Los títulos pomposos que los reyes asiáticos acostumbran darse, eran casi una realidad; oigamos cómo escribe Soliman á Francisco I: «Yo, que soy el emperador de los emperadores, el dispensador de las coronas á los monarcas de la superficie del globo, la sombra de Dios sobre la tierra.... tengo día y noche ensillado mi caballo y ceñido mi sable» (3). Este orgullo nos parece hoy casi pueril; no sucedía lo mismo en el si-

(1) ALBERI, *Relazioni*, III, 2, 398.

(2) ALBERI, *Relazioni*, III, 1, 327; III, 2, 369.

(3) CHARRIÉRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 116-118.

glo XVI: Soliman poseía ya treinta reinos; su inmenso imperio encerraba más de ocho mil leguas de costas, y seguía avanzando, como si la dominación con que amenazaba á la cristiandad fuese fatal. «¿No sabes, decía en 1528 Mustafá, yerno del sultán, á Lasky, embajador de Fernando de Austria; que así como no hay más que un sol en los cielos, así también Soliman es el señor único del universo?» Soliman contaba con hacer valer sus pretensiones á la monarquía universal. Invadió el imperio de Alemania, y plantó su estandarte delante de Viena; desde allí se proponía invadir la Europa cristiana; había calculado que le bastarían tres años para realizar sus gigantescos designios (1). Aquellas soberbias pretensiones fracasaron delante de Viena; aquel que se llamaba la sombra de Dios, el emperador de los emperadores, no llegó á ser señor de una ciudad apenas fortificada; aquel que en su orgullo oriental negaba el título de emperador á Carlos V, no se atrevió á dar una batalla á su ejército. Esto era abdicar de su presuntuosa ambición. El señor del mundo había encontrado una fuerza mayor que la de un sultán, una fuerza verdaderamente irresistible, la que tiene su principio en la individualidad humana; la unidad del Oriente fracasó contra el espíritu de la raza germánica. Mientras haya sangre germana en nuestras venas la monarquía universal no será más que un vano sueño.

## II.

Soliman el Grande fué el más poderoso de los emperadores de Constantinopla; podía creer que su capital llegaría á ser la capital del mundo. Sin embargo, ya bajo su reinado empezó la decadencia del imperio turco. Soliman tenía un hijo, la imagen de su padre, el ídolo del ejército; ¿quién puede decir las terribles luchas que la cristiandad hubiera tenido que sostener si Mustafá hubiese enarbolado el estandarte de Mahoma? ¿Por qué aquel hijo valeroso no ocupó el lugar del héroe que había hecho temblar á los pueblos cristianos? ¡Una intriga de haren cegó al desgraciado So-

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. III, p. 195, 202, 418.

liman, hasta el punto de que él mismo ordenó la muerte de su hijo y presencié la sangrienta ejecución! La sultana favorita había conseguido su objeto; su hijo Selim fué llamado al trono; pero en lugar de tener á su cabeza á un guerrero, los Turcos tuvieron por señor á un hombre encenagado en el vicio. Ya en vida de Soliman las disensiones de la familia imperial, debilitando el Imperio, vengaron á la cristiandad de los males que los Turcos le habían hecho sufrir hacía un siglo (1). Un segundo hijo de Soliman pereció también víctima de las envidias del haren. Entonces el anciano sultán tuvo miedo al único hijo que le quedaba, al miserable Selim. En un despacho de un embajador de Francia se leen estas horribles palabras: «Es costumbre de este Imperio que los padres den muerte á sus hijos y que los hijos sean parricidas» (2).

¿Cuál fué la causa de la decadencia del imperio turco? El principio mismo que parecía constituir su fuerza, la omnipotencia del sultán. Si el ideal de la humanidad fuese la unidad, el imperio turco hubiese sido indestructible, y hubiera acabado por abrazar la tierra entera. Pero la unidad absoluta, lejos de ser un ideal, es un germen de muerte, porque conduce necesariamente al despotismo, al desordenado gobierno de las pasiones humanas. El hombre, ser débil é imperfecto, no resiste el peso del poder ilimitado; degenera en sus manos en una ciega arbitrariedad; el que lo puede todo, en lugar de ser omnipotente para el bien, emplea su poder en el mal, y por un castigo del cielo, sus obras se vuelven contra él, y se convierte en instrumento de su perdición. Entonces se ven cosas horribles, padres que matan á sus hijos, la esperanza de la nación: luego viene un espectáculo más degradante todavía; no teniendo los sultanes más fin en su vida que la satisfacción de sus deseos, se entregan á las voluptuosidades del haren hasta que llegan al estado de brutos. ¿Cuál puede ser el destino de un imperio sometido á semejante régimen? La unidad de mando es un excelente instrumento de guerra; pero para conservar las conquistas

(1) Estas son las palabras del embajador de Francia en Constantinopla (1559). CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia en el Levante*, t. II, p. 578, nota.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones*, t. II, p. 717.

es preciso tener en cuenta otro elemento de la naturaleza humana, es menester desarrollar las fuerzas individuales, únicas que constituyen el poder de los Estados: ahora bien, ¿cómo ha de poder desarrollar la individualidad el despotismo, cuando precisamente se funda en la negación de los derechos del individuo?

El imperio turco estaba fundado en la esclavitud. Se ha ensalzado mucho la igualdad que reina entre los musulmanes; es la igualdad bajo el despotismo. Es verdad que el esclavo puede llegar á ser gran visir, pero el gran visir sigue siendo esclavo y no tiene derecho alguno, ni á un derecho á la vida. Ahora bien, la esclavitud es un crimen que pronto ó tarde arruina á los que fundan en ella su poder. Ha arruinado á la antigüedad; sin embargo, entre los antiguos había al menos una clase de hombres libres, al paso que en Constantinopla pesa la misma arbitrariedad sobre el señor y sobre el esclavo, sobre los gobernantes y sobre los gobernados. El despotismo dió allí los mismos frutos que produce en todas partes. En 1573 escribe un enviado veneciano: «Por más que el imperio de los turcos sea inmenso, es, sin embargo, débil, porque en gran parte está arruinado. Dicen que por donde pasa un caballo otomano no vuelve á crecer la yerba; esto ha llegado á ser una triste realidad» (1). ¿Cuál era la causa de esta ruina? El enemigo no había desolado las campiñas del vasto Imperio, los Turcos tenían todavía el privilegio de llevar la devastación á las naciones cristianas; pero tenían en su seno el más terrible de los enemigos, un gobierno que no respetaba derecho alguno, porque no reconocía ninguno. Semejante régimen ataca la vida hasta en su principio: «Los hombres, dice *Morosini*, no estando seguros de aprovecharse del fruto de su trabajo, no trabajan más que para pagar los impuestos y para cubrir sus más apremiantes necesidades. Se guardan bien de producir más, porque saben que les ha de ser quitado lo superfluo» (2).

De ahí la decadencia de las provincias más ricamente dotadas por la naturaleza; no producían ya bastante para subvenir á las ne-

(1) BARBARO, *Relazione*, en ALBERI, III, 1, p. 309.

(2) MOROSINI, *Relazione* (1585), en ALBERI, III, 3, p. 273.—RAGAZZONI, *Relazione*, *ib.*, III, 2, p. 100.

cesidades del gobierno. Antes de fines del siglo XVI había allí un déficit permanente; y eso que el fisco otomano tomaba lo que quería, en caso de necesidad el capital con la renta; pero precisamente esta tiranía agotaba las fuentes de riqueza, empobreciendo á la nación (1). En 1585 escribe un enviado veneciano: «Las provincias se hallan oprimidas de tal modo, el país tan destruido, que el Imperio va despoblándose de día en día; y se puede predecir que esto irá de mal en peor» (2). Los embajadores de Venecia se admiran de la miseria que reina donde debería haber una abundancia fabulosa: «Entre nosotros, dicen, la miseria proviene de un exceso de población; aquí proviene de la falta de hombres» (3). Esta es la señal más cierta de la decrepitud. La despoblación era espantosa. En los primeros años del siglo XVII había 553.000 pueblos; en 1622 no había más que 75.000. El embajador de Inglaterra, que refiere este hecho, añade: «Se puede caminar durante tres días por la Grecia y la Anatolia, las provincias más bellas del imperio, sin encontrar ni un huevo que comer y sin hallar un ser humano» (4).

Los enviados venecianos habían admirado por mucho tiempo la obediencia ciega que encontraban las órdenes del emperador; la celebraban como un elemento de fuerza. Pero la sumisión de la voluntad humana tiene sus límites; cuando el despotismo llega hasta tal punto que el hombre no tiene ya nada que perder, se subleva contra una arbitrariedad que no le concede ni aun el derecho á la vida: «La desesperación de las poblaciones es tal, escribe un enviado veneciano en 1573, que el emperador no se atreve ya á contar con ellas» (5). No eran solamente los súbditos cristianos los que se sublevaban; los mahometanos mismos hubieran preferido la dominación extranjera á un régimen que destruía en lugar de go-

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. III, p. 351, 354.

(2) MOROSINI, *Relazione* (ALBERI, III, 3, 272).

(3) BARBARO, *Relazione* (1573), en ALBERI, III, 1, p. 313.

(4) THOMAS ROE, *Negociaciones*, p. 66.—ZINKEISEN, t. III, p. 784.

(5) BARBARO, *Relazione* (1573): «Sono talmente tiraneggiate, e così distrutti li paesi, e tenuti in tanta viltà e disperazione, che sarebbe pericolosissimo agli ottomani imperatori valersi di loro.» (ALBERI, III, 1, p. 307.)

bernar (1). Hay que aplaudir las insurrecciones permanentes que perturban el imperio otomano; es la vida que se subleva contra la muerte; si las poblaciones permaneciesen obedientes á semejante gobierno, habria que desesperar de su porvenir.

Los Turcos, á despecho de la decadencia que minaba su Imperio, conservaron por largo tiempo el prestigio de su valor guerrero. Pero el espíritu militar, que sobrevive muchas veces á la decadencia de las naciones, acabó tambien por perderse. Un embajador veneciano lo hace ya notar en 1573: «Los Turcos, dice *Marcantonio Barbaro*, que en otros tiempos no pensaban más que en las armas, huyen hoy de ellas» (2). ¿Debemos admirarnos de ello cuando se ve á los emperadores, á partir de Selim, pensar que la verdadera felicidad de un príncipe consiste en pasar su vida en los placeres del serrallo, con mujeres y bufones? (3). Ni aún esto debe admirarnos; la corrupcion llevada hasta la bestialidad es el fruto más cierto del despotismo; es tambien la señal más evidente de la decadencia de los imperios. Se ha dicho en nuestros dias que la Turquía está enferma, y no faltan deseos de repartirse la herencia del moribundo. Hace siglos sucede lo mismo. Soliman acababa de asustar á la Europa, y el nombre de los Turcos extendia por todas partes el terror entre las poblaciones cristianas, cuando un enviado veneciano escribia estas notables palabras: «El imperio otomano no será destruido por la fuerza de las armas, porque los príncipes cristianos no llegarán jamás á entenderse; pero se consumirá por sí mismo bajo la influencia fatal de su régimen, que no tiene idea alguna de justicia, que no conoce más que violencias, rapiñas y destruccion de los débiles» (4). *Tiepolo* escribia en 1576. A principios del siglo XVII se hablaba ya de repartirse los despojos de los sultanes (5). Si el reparto no ha tenido lugar, ha sido por la razon que indicaba el embajador de Venecia, la desunion de los príncipes cristianos y sus opuestos intereses.

(1) BARBARO, *ib.*, p. 327: «Tanto è insupportabile il proceder loro, poichè ad altro non attendono che alla distruzione delle provincie e dei regni.»

(2) *Id.*, *ibid.*, p. 310.

(3) BERNARDO LORENZO, *Relazione*, en ALBERI, III, 2, p. 374.

(4) TIEPOLO, *Relazione*, 1576 (ALBERI, III, 2, 172).

(5) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. III, p. 370 y sig.

Sin embargo, el orgullo de la omnipotencia sobrevivió á una decadencia secular. Es como un castigo divino que recae sobre la ambicion insensata de los hombres. Hace siglos que los sultanes no viven más que por tolerancia, lo cual no les impide conservar los títulos pomposos que el Oriente ha prodigado siempre á sus señores: son los *dispensadores de las coronas*, son la *sombra de Dios*. ¿Qué son en definitiva? Un testimonio vivo de la vanidad humana y de la ineficacia de los proyectos de conquista que abrazan al mundo entero. ¿Si todavía hay conquistadores y pensadores que sueñen con la monarquía universal, que vuelvan sus ojos á Constantinopla! No sabemos si los ambiciosos y los soñadores se curarán alguna vez; pero la Historia siempre puede manifestar que la monarquía universal es la más irrealizable y la más falsa de las utopias.

#### N.º 2.—*El sacro imperio romano y los Turcos.*

En el siglo XVI la cristiandad temia la invasion de los Turcos, y miraba su dominacion como un mal inevitable. ¿Quién salvó á la Europa de aquel peligro, el mayor que le ha amenazado jamás, puesto que el régimen otomano arrastra en pos de sí la decadencia y la muerte? Un historiador moderno responde que los pueblos cristianos deben este beneficio á la casa de Austria (1). Es verdad que la España continuó durante el siglo XVI, y frecuentemente con gloria, la lucha contra los infieles; es verdad tambien que la guerra entre los Turcos y el imperio de Alemania fué casi sin descanso. Si nos atuviésemos á las declaraciones del más poderoso de los príncipes de la casa de Austria, sería preciso decir con *Ranke*, que Carlos V se habia impuesto la mision de combatir á los Turcos y de volver á conseguir sobre ellos las conquistas que ellos habian alcanzado, con gran perjuicio de la fe cristiana. Al suponer que la casa de Austria ha alimentado realmente esta elevada ambicion, los hechos están muy léjos de ser tan gloriosos como cree el historiador aleman. Hoy, que las correspondencias íntimas

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 75.

han descrito el velo de los designios del gran emperador, podemos afirmar que jamás pensó seriamente en llevar el estandarte de Cristo á la capital de los sultanes; el celo que afectó incesantemente por una guerra contra los infieles, no fué más que una política de fórmula. Era un papel que convenia al jefe temporal de la cristiandad, pero no era más que un papel. Comparemos las protestas oficiales y el pensamiento secreto, la comedia y la realidad.

Los Turcos se negaron durante mucho tiempo á tener embajadores permanentes, ni aún entre sus aliados. «Los emperadores otomanos, escribe *d'Arvieux* á Luis XIV, reciben perfectamente á aquellos á quienes les envían los príncipes cristianos, con tal que se les lleven presentes y que hallen alguna ventaja en las proposiciones que se les hacen. Tienen á honor singular el ser buscados por todos y no solicitar la amistad de nadie.» Esto era más que vanidad, era pretension al imperio del mundo: los presentes ofrecidos por los embajadores eran considerados como un tributo que los esclavos pagaban á su señor. Como consecuencia de este orgullo asiático, los Turcos no trataban todavía, en el siglo XVI, de igual á igual con los cristianos; á sus ojos, los tratados no eran contratos, sino órdenes emanadas del sultan; por tanto, no se creían ligados por los convenios que firmaban; los revocaban, los restringían, los ampliaban según su capricho. Los sultanes aumentaban su orgullo con aquel príncipe de Occidente, que tenía igualmente la ambición de ser el señor del mundo; hasta el siglo XVII negaron el título de emperador á los Césares de Alemania, y las treguas que se dignaban consentir, estaban concebidas en estos términos despreciativos: «Concedida graciosamente por el sultan, siempre victorioso, al rey infiel de Viena, siempre vencido» (1). Los Turcos tenían alguna razón para afectar aquel insolente desprecio. El jefe temporal de la cristiandad fué quien tomó la iniciativa en solicitar la paz de los Bárbaros de Oriente, y para obtenerla, no retrocedió ante ningún ofrecimiento, ante ninguna humillación.

Oigamos primero á Carlos V; en 1524, escribe á su hermano

(1) LAVALLÉE, *de las relaciones de la Francia con el Oriente* (Revista independiente, t. X, p. 480, notas 1 y 2).

Fernando: «Sabeis bien, y es notorio para todo el mundo, que mi deseo ha sido siempre el mantener la paz en la cristiandad. Y todo cuanto he hecho y hago al presente no es más que con objeto de alcanzar dicha paz, mediante la cual se puedan unir las fuerzas de los cristianos, á fin, no solamente de rechazar á los Turcos, sino de hacerles la guerra, aumentar y ensanchar la religión cristiana» (1). Carlos V tenía razón en decir que sus designios eran notorios, porque hablaba de ellos en todas sus negociaciones; decía incesantemente que quería la paz universal, «para dirigir mejor los ejércitos comunes contra los infieles» (2). Á dar crédito al emperador, creerásele animado del celo que inspiró las cruzadas. Después de la toma de Roma, escribe que, si se alegra de aquella victoria, es porque espera que de ella resultarán dos grandes bienes para la cristiandad: primeramente, la paz, y además, el restablecimiento de la unidad cristiana. «El colmo de sus deseos, dice, sería, para dar gracias á Dios de todas las victorias que le ha concedido, emprender en su servicio una expedición contra los infieles; no puede expresar cuán grande es el deseo que experimenta de realizar este proyecto» (3). La guerra santa era el asunto habitual de sus conversaciones: «su mayor felicidad sería exponer su vida en una expedición contra los Turcos; si perdiese en ella la vida, moriría por Jesucristo y ganaría el cielo; si quedase vencedor, extendería el imperio de la cristiandad hasta sus antiguos límites, y adquiriría una gloria eterna.» «La vivacidad que empleaba en expresar estos deseos, añade el enviado veneciano, manifiesta que eran en el emperador un pensamiento sincero y una verdadera pasión» (4). Fernando de Austria, el hermano de Carlos V, no demostraba menos celo; en 1529 dirigió un manifiesto á la cristiandad para llamarla á las armas contra los Turcos; pidió subsidios á todos aquellos que venerasen el nombre de Cristo, esperando que con su apoyo libertaría el sepulcro del Señor (5). Estas son las palabras; veamos los hechos.

(1) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, t. I, p. 81.

(2) Instrucciones dadas por el Emperador á su enviado en Inglaterra, 1524. (BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands II*, t. II, p. 503.)

(3) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, t. III, p. 98 y sig.

(4) TIEPOLO, *Relazione*, 1532 (ALBERI, I, p. 139).

(5) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, t. II, p. 263-266.

Un año antes de que llamase á las armas á la cristiandad contra los infieles, Fernando de Austria envió una embajada á Constantinopla; propuso á los Turcos que evacuasen la Hungría, ofreciéndoles una indemnización pecuniaria por los pueblos que en ella ocupaban. Este ofrecimiento de comprar la retirada de los infieles está bien lejos del heroísmo de las guerras sagradas. La acogida que obtuvieron los embajadores, las respuestas que se les dieron, nos enseñan cuáles eran las relaciones entre Viena y Constantinopla. Ibrahim Pachá preguntó á los enviados de Fernando «si ignoraban que toda tierra, una vez pisada por un caballo del sultan, era para siempre su propiedad. ¿Cómo se atrevían á hacer al jefe de los creyentes la proposición de abandonar ciudades conquistadas por él? ¿Tanto valdria exigir que cediese á Constantinopla! Soliman respondió que iría él mismo á la cabeza de su ejército, ante Fernando, y que él le restituiría en persona las fortalezas que reclamaba» (1). El sultan cumplió su palabra, y dejó á Constantinopla, seguido de 250.000 hombres. Entonces fué cuando Fernando dirigió un manifiesto guerrero á la cristiandad. La Alemania, directamente amenazada, se conmovió; las tropas del imperio se encaminaron á Viena. ¿Qué hizo el archiduque de Austria? En lugar de ponerse al frente del ejército para conquistar el sepulcro de Cristo, creyó más prudente mendigar la paz. Una nueva embajada, encargada de celebrar una tregua de diez años, tomó el camino de Constantinopla para conseguirla; el hermano de Carlos V ofreció pagar un tributo anual al sultan, bajo el nombre de *pension*; autorizó á sus enviados para comprar la protección de Ibrahim Pachá, mediante otra *pension*. No se admitió siquiera que los embajadores hiciesen estas humillantes ofertas: el sultan estaba en marcha; los destinos de la Europa debían decidirse ante los muros de Viena (2).

El valor de los Alemanes y la poca pericia de los Turcos hicieron fracasar el sitio de Viena. Soliman tuvo que renunciar á los proyectos gigantescos que habia formado al dejar á Constantinopla; ¿no era aquella una ocasión providencial para Carlos V y Fernan-

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 666-668.

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 676-680.

do de realizar los designios tantas veces anunciados? Tenemos la correspondencia de los dos hermanos; lejos de animarse con el éxito, rivalizan en prudencia, íbamos á decir en cobardía. Están conformes en un punto, en que á pesar de la victoria de Viena, hay que solicitar una paz ó una tregua; no difieren más que en los medios de conseguirla. El emperador, después de haber manifestado tantas veces su celo por la guerra santa, no se atrevía á tratar abiertamente; temía las críticas de aquellos á quienes habia llamado á las armas y que habian respondido á su llamamiento (1); no quería que se tratase con los Turcos por medio de una embajada, sino en secreto, á fin de salvar las apariencias. Fernando no tenía ni aún estas susceptibilidades de amor propio; era de opinión que era preciso enviar una solemne embajada á Constantinopla para comprar la paz mediante una *pension*. De suerte que el vencedor fué quien imploró la paz, y el vencido se mostró más insolente que nunca. Ibrahim Pachá, al recibir á los enviados, se negó á dar el título de rey á su señor, le llamó Fernando á secas; en cuanto á Carlos V, no era á los ojos del omnipotente visir más que rey de España: «¿Quién es ese rey de Hungría, de que hablan los embajadores de Fernando? El señor de la Hungría es el sultan. ¿Hay por ventura algun otro reino del mismo nombre?» Soliman no se dignó dirigir la palabra á los enviados austriacos. Los ofrecimientos de una *pension anual* de 100.000 ducados fueron recibidos con desprecio: el pachá les dijo que las Siete Torres estaban llenas de oro y de plata. No quedó á Fernando más que la vergüenza de haber hecho proposiciones indignas de un rey de Alemania, más indignas aún de un vencedor (2).

¿Por qué Carlos V y su hermano mostraron tanta pusilanimidad? El emperador dice en la carta que escribió á Fernando, que «sus fuerzas no son suficientes para contrarrestar á un poder tan grande». En cuanto al apoyo de los demás príncipes cristianos, no hay que contar con él, porque prefieren su interés al de

(1) «Sabiendo que no haceis estas cosas sin mi conocimiento, podrán decir que yo, que tanto hablo de empresas contra los Turcos, os aconsejo hacerlo, siendo emperador.» Carta de Carlos V á su hermano, de 11 de Enero de 1530, en LANZ, *Correspondenz*, t. I, p. 361-363.

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 698-700.

la cristiandad, y temerian aumentar el poder de la casa de Austria combatiendo á los Turcos (1). Carlos V tenía razon en lo que decia de los demas príncipes; pero no veía que él mismo hacía otro tanto y que sobreponía así su interes al servicio de Dios. Su confesor le dirigió más de una vez vivas censuras en su nombre y en nombre del papa (2). Los historiadores de la Iglesia se lo censuran como un crimen. «Prefería, dice Raynaldi, pelear contra Francisco I, á combatir á los infieles» (3). Hasta su tia Margarita le escribió el año 1529, «que su honor exige que se ponga al frente del ejército que marcha contra los infieles, no solamente para socorrer á su hermano y rechazar al Turco, sino para perseguirle y aumentar la santa fe; lo cual le dará incomparablemente mayor honor y mérito que regocijarse mucho con recobrar algunas ciudades de Italia» (4). No era esta la opinion del emperador; prefería una ciudad tomada en Italia, á las conquistas tan inciertas sobre los Turcos; era hombre de cálculo más que hombre de fe.

El mal éxito de sus enviados no desanimó á Fernando. En 1531 encontramos de nuevo una embajada austriaca en Constantinopla; las proposiciones que hizo al sultan eran todavía más humillantes que las que acabamos de oír: el rey se contentaba con una tregua de un año, ofrecía un tributo bajo el nombre de pension, hasta por la parte de Hungría de que estaba en posesion. Puede perdonarse á Fernando esta vergüenza; estaba en la imposibilidad de resistir á los Turcos, y se veía á punto de perder toda la Hungría. El verdadero culpable era Carlos V: animó, excitó á su hermano á que celebrase el tratado á toda costa. ¿Qué se habia hecho el santo celo del emperador por la guerra santa? Estaba ocupado, de concierto con el papa, en reducir á Florencia al yugo de los Médicis; la destruccion de la libertad italiana le interesaba más que la libertad del sepulcro de Jesucristo. Alimentaba más vastos designios: quería restablecer la unidad cristiana

(1) Carta de Carlos V á su hermano, de 11 de Enero de 1530. (LANZ, *Correspondenz*, t. I, p. 361 y sig.)

(2) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinen Beichtvater*, p. 233, 253, 264, 274.

(3) RAYNALDI *Annales ad a.*, 1543, núm. 41.

(4) Carta de Margarita á Carlos V, del 2 de Octubre de 1529 (LANZ, *Correspondenz*, t. I, p. 346).

aniquilando la Reforma en Alemania, lo cual le hubiera hecho señor absoluto del imperio. Para esto necesitaba la paz con Soliman, porque en los designios de Dios el sultan era el apoyo de los reformadores; Carlos V no podía pensar en combatir el protestantismo mientras tuviese necesidad de los príncipes protestantes para rechazar á los Turcos. Hé aquí por qué el emperador empleó tanta insistencia por obtener una paz, ó al ménos una tregua. Soliman negó lo uno y lo otro; manifestó orgullosamente á Carlos V que iba á ir ante él, á fin de que el rey de España pudiese realizar más cómodamente el proyecto con que entretenía hacia tanto tiempo á la cristiandad: «Si Carlos V quiere combatir á los Turcos, dice, que venga; si no, que pague tributo al jefe de los creyentes» (1).

La expedicion de Soliman fracasó; pero el emperador, por su parte, no hizo nada, con gran escándalo de la cristiandad. Andres Doria, el héroe genoves, salvó el honor del nombre cristiano, alcanzando algunas ventajas por mar, que hicieron á la Puerta más tratable. Por la primera vez se dignó el sultan enviar un plenipotenciario á Viena para tratar de los preliminares de la paz. El tratado fué celebrado, pero Soliman se negó á comprender en él á Carlos V; manifestó á su secretario, Cornelio Schepper, que si su señor quería la paz, no tenía más remedio que negociarla por sí mismo en Constantinopla (2). En 1534, el emperador y su hermano encargaron á Schepper de representarlos (3), pero las negociaciones no dieron resultado: Soliman fué más intratable que nunca; conocia perfectamente la debilidad de los príncipes cristianos, porque era aliado de Francisco I. ¡Espectáculo inaudito! Las armas de los infieles y las del rey cristianísimo iban á unirse contra el emperador, el defensor de la Iglesia. Carlos V censuró amargamente al rey de Francia esta especie de apostasía, lo cual no impedía que los príncipes de la Casa de Austria mendigasen todos los años la paz ó una tregua de Constantinopla. Los negociadores acabaron por causarse del pa-

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 723-730.

(2) *Id.*, *ibid.*, t. II, p. 738-746.

(3) *Mision diplomática de CORNELIO DE SCHEPPER*, por M. DE SAINT-GENOIS ET YSSEL DE SCHEPPER, 1856.



pel humillante que desempeñaban; uno de ellos escribió en 1537 á Fernando I: «Considere V. M. las respuestas que los Turcos han dado á sus proposiciones, y juzgará indudablemente que no se debe enviar embajador á Constantinopla para que sirva de juguete á los Bárbaros, sino ejército para vengar los insultos con que se nos abrume» (1).

La paz firmada en 1533 no fué ni una tregua; las hostilidades no cesaron ni un instante en Hungría, y la mayor parte de las veces eran batidas las tropas de Fernando. ¿Qué le quedaba que hacer más que recurrir nuevamente, á pesar de las malas disposiciones de los Bárbaros, al camino de las negociaciones? Pero cuanto más interes mostraba el príncipe austriaco por alcanzar la paz, más manifestaba su debilidad, y los Turcos se aprovechaban de ella para aumentar sus exigencias. En 1540 el sultan hizo encerrar al embajador en las Siete Torres; en seguida declaró la guerra á Fernando en un manifiesto insultante: «La Hungría es mía, mi derecho es tan claro como la luz del sol; ¿por qué, pues, enviáis á ella vuestros ejércitos? Creo verdaderamente que tratáis de arruinar la cristiandad. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!» Después de varios años de una guerra funesta para el Austria, Fernando se decidió á implorar la paz. Su embajador, obligado á negociar desde la prision, tuvo que contentarse con una tregua de cinco años, comprada muy cara; el rey cedió á Soliman todas las plazas conquistadas por los Turcos, y consintió en pagar un tributo, bajo el nombre de presente anual, por la parte de Hungría que se tenía á bien dejarle; el vencedor se dignó también permitir al vencido tener un ministro residente en Constantinopla. El emperador fué comprendido en la tregua. Hasta mediados del siglo XVI no se convirtió la tregua en paz. El tratado de 1567 puso á los embajadores del emperador á nivel de los demás príncipes cristianos; estipuló que no podían ser hechos prisioneros en caso de guerra; sin embargo, el jefe temporal de la cristiandad siguió siendo tributario del sultan (2).

(1) Relacion del señor de Sprinzenstein á Fernando I (ZINKEISEN, t. II, página 828).

(2) ZINKEISEN, en RAUMER, *Historisches Taschenbuch*, 1856, p. 649-670.

Compárense estas vergonzosas transacciones con el lenguaje de Carlos V; el contraste no puede ser más deshonoroso. El emperador dice á todo el mundo que arde en deseos de combatir á los infieles y de extender el reino de Cristo. Estas fanfarronadas españolas resuenan hasta Constantinopla. El sultan desafía y reta á su rival y le cita sobre el campo de batalla. Carlos V permanece sordo á este llamamiento; no hace más que negociar; mendiga la paz, compra treguas y acaba por ser tributario de aquellos á quienes debía lanzar de Europa. ¡Hé aquí el modo que ha tenido la Casa de Austria de salvar la cristiandad! La decadencia de Turquía fué quien impidió que la Europa cayese bajo el yugo otomano, y esta decadencia es un castigo de los vicios que infectan á toda monarquía universal; si fué más rápida en los Turcos, es porque en ninguna parte se ha dejado sentir más el azote del despotismo.

### N.º 3.—Francisco I y los infieles.

El emperador es el defensor de la cristiandad contra los infieles; de aquí el lenguaje de Carlos V y su deseo de la guerra santa. Este es un papel tradicional; Carlos V no se apercibe de que la tradicion cristiana se derrumba, que la unidad de la Edad Media se desgarró, y que todos los esfuerzos por restablecerla son vanos. Él mismo es la prueba viva de la vanidad de una ambicion que pretende conservar lo que está condenado á perecer, y resucitar lo que está ya muerto. Quiere reconstituir el imperio, y fracasa; quiere reducir los protestantes al seno de la Iglesia, y fracasa; quiere arrojar á los infieles de la Europa, y fracasa más vergonzosamente todavía, hasta el punto de que puede dudarse que haya pensado seriamente en el designio de que hablaba incesantemente. La guerra contra los infieles era un inmenso anacronismo; suponía que la cristiandad tenía aún hacia los sectarios de Mahoma aquel odio vigoroso que encendió las cruzadas; suponía que los cristianos tenían todavía aquel entusiasmo ciego que los armó en el siglo XI para libertar un sepulcro. Ahora bien, aquel entusiasmo y aquel odio distaban de los sentimientos del siglo XVI. Por lo tanto, la unidad cristiana, tal como se había formado en